

Una explosiva aventura por entregas

Alberto
Vázquez-Figueroa



SULTANA ROJA

La muerte

4^a
entrega

María se acerca a su objetivo, la tensión aumenta.

En Venezuela localiza a uno de los terroristas implicados en la muerte de Sebastián y, pese a que ha abandonado la lucha armada, se dispone a hacerle pagar por su crimen.

María jamás se desvía de la misión que se ha autoimpuesto: todos ellos han de pagar un precio muy alto.

CUARTA PARTE

LA MUERTE

Dormí en un coqueto hotel de San Rafael, no lejos del lugar en que en un tiempo habíamos mantenido oculto a Hazihabdulatif, y dediqué gran parte de la mañana a seleccionar en los periódicos madrileños ofertas de apartamentos.

Encontré uno que me pareció perfecto, llamé por teléfono y concerté una cita para esa misma tarde.

Se trataba de un luminoso ático al final del paseo de Rosales, frente a la verde inmensidad de la Casa de Campo, con una vista ilimitada y unos atardeceres realmente fastuosos.

La renta, en la que para mí es sin lugar a dudas la mejor zona residencial de Madrid, resultaba lógicamente alta, casi exorbitante, por lo que su propietario se quedó más que encantado al advertir cómo una joven y generosa ecuatoriana, no sólo no la cuestionaba, sino que abonaba tres meses por adelantado en billetes de cien dólares contantes y sonantes.

Las enseñanzas de Jack Corazza empezaban a dar resultado.

Me extendió un sencillo recibo a nombre de Serena Andrade y se fue convencido de que pronto o tarde haría su aparición el «poderoso caballero» bajo cuya «protección» debía encontrarme.

Por aquel entonces yo lucía una melena corta, rizada y de una tonalidad casi cobriza, y como había adelgazado cinco kilos, estilizando mi forma de vestir e incluso de andar y de moverme, poco tenía en común con la provincianita

«Rocío Fernández, natural de Coria del Río», que ingresara fraudulentamente en la universidad tres años antes.

Incluso mi tono de voz sonaba diferente, más cantarín y repleto de expresiones sudamericanas extraídas de la infinidad de «culebrones» venezolanos, mejicanos y puertorriqueños que me tragaba una y otra vez con encomiable espíritu de sacrificio.

Mi nueva documentación, obtenida gracias a las magníficas relaciones de Jack Corazza, no ofrecía el menor resquicio a la duda, ya que la espectacular Serena Andrade disponía incluso de partida de nacimiento, cédula de identidad y carnet de conducir ecuatorianos auténticos expedidos en Quito cuatro años antes.

Dejé transcurrir una semana mientras me adaptaba de nuevo al ritmo de vida de Madrid, aunque sin aproximarme a los barrios que frecuentaba antaño, y pocos días más tarde me agencié una moto de segunda mano, esta vez con documentación a nombre de la modelo venezolana Náima Dávila, puesto que una de las cosas que Al-Thani me enseñó es que siempre resulta preferible que la policía busque a varios sospechosos que a uno solo.

Aunque todos sean en realidad el mismo individuo.

«Náima Dávila» era rubia y de melenita corta, vestía vaqueros ajustados y camisetas llamativas, y acostumbraba a comportarse de forma tan vulgar que obligaba a imaginar que se pasaba gran parte del día «colocada».

Estacioné la moto en el aparcamiento subterráneo de la plaza de España y el Mercedes, en un garaje semiprivado de la calle Serrano, y jamás me aproximé, ni en coche ni en moto al paseo de Rosales.

Cuando te estás arriesgando a pasar gran parte del resto de tu vida en la cárcel todas las precauciones se te antojan insuficientes.

Días más tarde adquirí en El Rastro una vieja maleta y un buen montón de ropa de segunda mano, tomé un taxi que me llevó a la estación de Atocha, y desde allí otro que

me condujo a un pequeño hotel de la Gran Vía en el que me hospede bajo la identidad de Isabel Ramírez, una mujer altiva y reservada, de espesa cabellera muy negra y grandes gafas oscuras.

En cuanto el botones cerró a sus espaldas la puerta de la habitación, marqué el viejo número del teléfono de «Emiliano» deseando en mi fuero interno que ya no continuara teniendo el mismo que cuando le conocí.

Pero, por desgracia, respondió de inmediato.

—¡Hola! —saludé con mi voz y mi acento de antaño—. Soy yo: Rocío.

Se hizo un corto silencio, y cuando se decidió a hablar, resultaba más que evidente su confusión y nerviosismo.

—¿Rocío...? —Repitió como si estuviera intentando ganar tiempo o aclararse las ideas—. ¿Rocío...? ¿«Rocío»?

—La misma —repliqué en un tono que pretendí que sonara lo más simpático posible—. Rocío... «Rocío».

—¿Y dónde estás? —quiso saber.

—Aquí en Madrid. Acabo de llegar. ¿Cómo está «Alejandro»?

—Estupendamente. Se mudó de casa por precaución, pero no hubo ningún problema. Todo quedó en un susto. ¿Cuándo nos vemos?

—En cuanto me establezca de un modo definitivo. ¿Qué pasó con «Vicente»?

—¡Oh, nada! A los pocos días le dejaron en libertad y está muy bien y muy contento. Creo que incluso le han nombrado encargado de la relojería...

Hablaba y hablaba con tan exagerada verborrea y fingido entusiasmo que llegué a la conclusión que en realidad lo único que pretendía era ganar tiempo y mantenerme pegada al teléfono.

Cuando comprendí que probablemente ya habría conseguido localizar desde dónde le llamaba me despedí con absoluta naturalidad, prometiéndole que nos veríamos muy pronto.

Abandoné la habitación, bajé por las escaleras y atravesé el *hall* de entrada procurando que nadie reparara en mi presencia.

Ya en el exterior crucé la calle y me acomodé en una cafetería desde la que dominaba la entrada del hotel.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora, cuando un gran coche oscuro se detuvo en el bordillo para que descendieran cuatro hombres que parecían llevar tatuadas en la frente sus credenciales de policía.

Uno se quedó en la acera, y los tres restantes penetraron en el hotel.

Me dolió reconocer que «Vicente» tenía razón y «Emiliano» —y probablemente «Alejandro»—, habían aceptado colaborar con la policía y convertirse en el cebo de la trampa en la que yo debería caer.

Me dolió, pero no me sorprendió.

Llevaba ya suficiente tiempo en aquel mundillo como para aceptar que la traición es algo que está siempre a la orden del día.

Había sido testigo de cómo los argelinos traicionaban a Mubarrak; de cómo sus mejores amigos traicionaban a Iñaki; de cómo Hazihabdulatif había intentado traicionarme, y de cómo yo misma le había traicionado metiéndole una bala en la cabeza.

Era algo que parecía formar parte del juego.

Y como conocía sobradamente dicho juego, en aquel cochambroso hotel de la Gran Vía madrileña no había dejado más que una manoseada maleta repleta de ropa usada por Dios sabe quién, sin un solo documento ni una pista válida que pudiera conducir a la policía a parte alguna.

Y lo que resultaba a mí entender más importante: sin una sola huella que sirviera para identificarme, puesto que durante los escasos minutos que permanecí en la habitación había tomado la precaución de usar guantes.

Por aquellas fechas yo ya era buena en mi oficio.

¡Condenadamente buena!

¡La mejor según dicen!

Al cabo de cinco minutos uno de los policías hizo su aparición, cruzó unas palabras con el que se encontraba en la puerta, y subiendo al coche se alejaron de allí con cara de pocos amigos.

Resultaba evidente que los otros dos habían decidido esperarme en el interior.

¡Larga sería la espera!

Larga e inútil, puesto que apenas media hora más tarde una mujer de espesa melena negra y grandes gafas oscuras que respondía a la descripción de la «Isabel Ramírez» que se había hospedado en el hotel de la Gran Vía, adquiría un billete en la estación de Chamartín con destino a Marsella.

El taquillero tuvo sobradas razones para fijarse en ella puesto que se la advertía casi histérica, hasta el punto de que lanzó un sonoro reniego cuando se enteró de que «el jodido tren» tardaría cuarenta minutos en partir.

Mucha gente vio a Isabel Ramírez subir a ese tren.

Pero nadie la vio bajar.

No obstante la discreta y elegante Serena Andrade regresó esa misma noche a su lujoso apartamento del paseo de Rosales y durante los tres días siguientes ni siquiera puso el pie en la calle.

En buena lógica la policía debió llegar a la conclusión de que «Rocío Fernández», alias «Isabel Ramírez», alias «Sultana Roja», se había percatado de la presencia de la policía en el hotel, y víctima de un ataque de pánico había decidido abandonar ese mismo día el país para no volver nunca.

En aquellos momentos lo mismo podía encontrarse en Libia, que en México, Tokio o Sudán.

En cualquier parte del mundo, excepto Madrid...

¡Estúpidos!

Aunque pensándolo mejor... ¿Quién era en realidad la estúpida?

¿Qué necesidad tenía de cometer semejante rosario de imbecilidades que tan sólo tenían por objeto empantanarme en un peligroso juego que a nada conducía?

Hazihabdulatif me había dicho en cierta ocasión que la venganza es un pésimo compañero de viaje.

Pero yo sé que existe otro peor: la soledad.

Y el aburrimiento.

El tiempo que pasé en Ecuador me sirvió para conocer un nuevo país y una nueva cultura, así como para encontrar la paz interior que necesitaba a la hora de meditar sobre mí misma. Y el tiempo que pasé con Jack me sirvió para conocer una buena parte del mundo y una forma diferente de vivir, sin que me quedara demasiado tiempo para pensar ni en mí ni en nadie.

Pero ahora Madrid no me ofrecía ningún incentivo y sí la oportunidad de analizar en toda su magnitud el hecho de que me había convertido en el ser humano más solitario y menos querido del planeta.

Mi familia había renegado de mí; mi amante me había abandonado; había asesinado personalmente a mi mejor amigo, y resultaba evidente que mis viejos «camaradas» colaboraban con el fin de que me encerraran de por vida.

¡Brillante panorama!

¡Y lindo futuro!

Me acude en estos momentos a la memoria una frase genial atribuida al prodigioso Groucho Marx:

Partiendo de la más espantosa miseria, y gracias únicamente a mi esfuerzo y tesón, con los años he logrado alcanzar la más negra ruina.

Aqué! era exactamente mi caso.

Habiendo comenzado pidiendo limosna por las calles de Sevilla, y gracias únicamente a mi esfuerzo y tesón, con

los años había logrado alquilar un ático del paseo de Rosales y conducir un Mercedes descapotable.

Pero mi vida, ¡mi verdadera vida!, se encontraba inmersa en la ruina.

Nadie con quien hablar.

Nadie en quien confiar.

Nadie a quien confesarle quién era en realidad.

Se hacen muy largas las horas encerrada en un apartamento, aunque sea de lujo y tenga una fastuosa vista sobre la Casa de Campo.

En cuanto oscurecía clavaba la vista en las lejanas luces del parque de atracciones, observando el girar de la noria o la «montaña rusa» y el parpadeo de las incontables atracciones, preguntándome cómo era posible que existieran seres humanos que no tuvieran otra preocupación que pagar dinero con objeto de experimentar emociones fuertes.

¿Es necesario caer por un tobogán metálico para advertir cómo el terror se te clava en la boca del estómago?

¿Es necesario pagar por sentir miedo?

Mi noria y mi «montaña rusa» no se detenían nunca, puesto que mi particular «parque de atracciones» se había instalado en un inaccesible rincón de mi cerebro adonde cada día me resultaba más difícil acceder para desmontarlo.

Era como el niño que hace una larga cola y paga una y otra vez por subirse a una diabólica máquina en la que sabe que comenzará a sudar y temblar deseando apearse, pero que a pesar del mareo, los gritos y los deseos de vomitar, correrá a ponerse de nuevo en la cola en cuanto ponga el pie en el suelo.

¡Ecuador!

Echaba de menos la paz de Ecuador.

Echaba de menos los hermosos paisajes que rodean Quito, la selva, los volcanes y las largas charlas con Mario.

¿Y si le escribiera?

¿Y si le sorprendiera presentándome de improviso en las Galápagos para aceptar su oferta de conocer a sus padres?

¿Y si de pronto dejara de ser quién soy para convertirme en otra persona, cuerda, serena y consciente?

El tiempo me ha enseñado que en el fondo no somos más que esclavos de nosotros mismos.

Y a mí me había tocado en suerte un mal amo.

Un amo duro, cruel, exigente, vengativo y, sobre todo, imprevisible.

¡Una peste de amo del que jamás conseguiría liberarme!

Un amo que me impedía coger mi precioso Mercedes deportivo, enfilarse la carretera y poner rumbo a Florencia donde estaba segura de que encontraría no sólo una ciudad inimitable, sino un atractivo galán dispuesto a hacerme la corte.

O tal vez Capri. E incluso las islas griegas.

Valía la pena intentar rebelarse, decir «basta» y emprender el camino, carretera adelante.

Sin embargo, continuaban produciéndose masacres.

Continuaban estallando bombas que mataban inocentes o mutilaban niños indiscriminadamente.

Un día, hizo su aparición en todas las pantallas de televisión una estúpida anciana que admitió con voz temblorosa y ojos de oveja triste, «que perdonaba de todo corazón» a quienes le acababan de arrebatarse a su hijo, pese a que con ello se hubieran quedado huérfanos sus dos pequeños nietos.

¡Me indignó!

Me enfurecí con ella más aún de lo que aborrecía a los hijos de puta que habían puesto aquella bomba, puesto que mientras continuaran existiendo víctimas del terrorismo dispuestas a «olvidar y perdonar de todo corazón» a sus verdugos continuarían existiendo tales verdugos.

Yo me consideraba, y con razón, una «víctima del terrorismo», la primera de la lista, y en cuanto se refería a ellos

me tenía por más fascista que el mismísimo Mussolini.

«El único terrorista bueno, es el terrorista muerto».

Y es que el terrorismo es un virus peor que el de la rabia, aunque tan sólo afecte a determinados seres humanos.

Siempre he sido partidaria de pegarle un tiro a los perros rabiosos y a los terroristas donde quiera que se encuentren.

Pero el tiempo que había pasado en Tánger me había servido para comprender que el terrorismo es como un pulpo de infinitos rejos, y que nadie, ¡nadie en este mundo!, está en disposición de cortarlos todos para erradicar tan perniciosa lacra definitivamente.

Y es que por muchos que se corten, vuelven a renacer.

Se trata por lo tanto de un pulpo inmortal, o de un Ave Fénix, que renace una y otra vez de sus cenizas.

Mi «obligación» debía ser por lo tanto concentrarme en un solo objetivo, y en buena lógica dicho objetivo no podía ser otro que aquel que tenía más cerca, y que además había sido el causante de que «un comando itinerante» de triste memoria permitiera que una bomba estallara a des-tiempo en una tranquila calle cordobesa destrozando a mi padre.

En pocas palabras: tenía que concentrarme en combatir a ETA.

Tenía una ligera idea de cómo llegar a ella, puesto que no en vano había ejercido durante meses como «mano derecha» de Al-Thani, pero muy pronto llegué a la conclusión de que para poder actuar sin trabas lo primero que tenía que hacer era librarme de mi pasado.

Mientras «Alejandro» y «Emiliano» continuaran con vida, correría un serio peligro, puesto que parecían ser los únicos seres de este mundo que estaban en disposición de implicarme en la muerte de Yusuff.

Y se habían convertido en «confidentes».

¡Odio a los confidentes!

Sé que odio demasiado, pero los confidentes se me antojan una subespecie deleznable que no merece vivir.

¿Me estoy justificando?

Si es así retiro lo dicho.

No quiero que nadie piense jamás que busco justificaciones.

Soy como soy, y punto.

Tal vez la única verdad se limita al simple hecho de que —como muchos aseguran— en el fondo no soy más que una pobre psicópata que disfruta matando y que por aquellos tiempos me encontraba obsesionada por la idea de vengarme de un par de imbéciles que imaginaba que me habían traicionado.

Por lo tanto, lo primero que tenía que hacer era «neutralizarlos».

Durante mi primera época madrileña jamás me había preocupado de averiguar dónde vivía «Emiliano», ya que «Alejandro» siempre aseguraba que cuanto menos supiéramos los unos de los otros, mejor.

Solíamos citarnos en bares o restaurantes, aunque a mí, por ser la última llegada al grupo, sabían muy bien dónde encontrarme.

Sospecho que siempre temieron que en el fondo no fuera más que una «infiltrada» que cualquier día acabaría por denunciarles.

Pero ahora se habían vuelto las tornas.

Ahora eran ellos los que me habían denunciado, necesitaba encontrarlos en la inmensidad de una ciudad de casi cuatro millones de habitantes, y para ello lo primero que hice fue dedicarme a telefonar a todos los números anteriores y posteriores al de «Emiliano» hasta que al fin una voz muy amable respondió:

—«Restaurante Casa Pedro», dígame.

Reservé una mesa y le supliqué a mi interlocutor que me proporcionara la dirección exacta de su establecimiento, puesto que no sabía cómo llegar a él.

Naturalmente me la dio en el acto y correspondía a una sinuosa callejuela del «viejo Madrid».

Busqué en la guía telefónica para intentar comprobar si en alguno de los edificios de la misma calle figuraba el número de «Emiliano», pero como no conseguí dar con él, una mañana me enfundé en un amplio mono de cuero negro, me cubrí la cabeza con un casco que impedía adivinar si quien la conducía era una mujer, trepé a la moto que guardaba en el aparcamiento de la plaza de España, y me dediqué a recorrer el «viejo Madrid» en varias manzanas en torno al restaurante Casa Pedro.

Pasé así casi una semana, yendo y viniendo a diferentes horas aunque esforzándome por no despertar sospechas, y cada noche regresaba al apartamento abatida por la frustración para dejarme caer en el butacón de la terraza y contemplar las luces del parque de atracciones.

Era una vida insana; insana e ilógica, aunque muy propia de alguien que no conseguía escapar al círculo vicioso que había trazado en torno a sí misma.

Un domingo entrevistaron en un programa divulgativo a una muchacha anoréxica.

Era apenas un esqueleto ambulante, la voz surgía de aquel cuerpo enclenque como un susurro, tenía los ojos dilatados hasta casi salirse de las órbitas, y resultaba evidente que, por el camino que llevaba, no viviría mucho.

No obstante, repetía una y otra vez que no podía hacer nada por evitar su propia destrucción.

Ni el profundo amor que le demostraban sus padres, ni los inteligentes consejos de los psiquiatras, ni los cuidados de todo un ejército de médicos y enfermeras conseguían obligarle a abandonar un camino que le llevaba directamente a la tumba, puesto que juraba y perjuraba que a pesar de reconocer que quienes le rodeaban tenían razón, en cuanto se miraba al espejo se veía gorda y se castigaba a sí misma dejando de comer.

¿Qué desconcertantes misterios encerraba aquella mente?

¿Qué era lo que le obligaba a verse a sí misma de una forma tan evidentemente distorsionada?

¿Qué extraña imagen le devolvía el espejo?

Averiguarlo me hubiera servido tal vez para descubrir qué misterios semejantes encerraba mi propia mente, puesto que continuaba empeñada en una absurda búsqueda de supuestos enemigos aun a sabiendas de que con ello me causaba un daño irreparable.

Cada noche me acostaba jurándome a mí misma que a la mañana siguiente lo abandonaría todo, y cada mañana me levantaba ansiando trepar a la moto para continuar intentando localizar a un pobre imbécil del que tendría que haberme olvidado hacía ya mucho tiempo.

¡Dios!

¡Dios, Dios, Dios!

Mi cerebro era como una gigantesca red de alcantarillas por las que en mis sueños me veía avanzar armada únicamente de una diminuta linterna cuyo haz de luz extraía destellos rojizos de los ojos de las ratas mientras me aventuraba por conducciones cada vez más tenebrosas para acabar por desembocar siempre en el mismo punto y reiniciar una agotadora andadura.

De tanto en tanto una empinada escalera ascendía hasta un punto en el que me constaba que brillaba el sol, no existían ratas y el aire no apestaba, pero en mi fuero interno sabía que ese sol y ese aire me aterrorizaban más que las tinieblas, la hediondez y las ratas.

¿Qué explicación existía?

La única que se me ocurre, simplificando mucho, se basa en el hecho de que —al igual que aquella descentrada anoréxica— lo único que en el fondo pretendía era imponerme a mí misma un castigo con el fin de expiar de ese modo mis culpas.